

CINE

MARILYN

el ídolo caído



LA aparición fue fantástica. Por un momento, los quince mil invitados que se agolpaban en el Madison Square Garden de Nueva York, contuvieron la respiración. En el escenario había aparecido una figura irreal, rubia, envuelta en una capa de visón blanco. Era Marilyn Monroe. Se acercó lentamente al atril puesto en medio de la escena y dejó que el visón cayese de los hombros. Tenía los labios semi abiertos en su característica sonrisa

HOLLYWOOD PIERDE UN MITO: LA VITALIDAD Y EL OPTIMISMO DE MARILYN MONROE



Estrella popular número 1 de los Estados Unidos. Eran los tiempos de la guerra de Corea.

un poco soñadora y tenía la expresión estática de quien sale de un cuento imaginario. Los ojos azules reflejaban un infinito estupor, una tranquila irresponsabilidad. Llevaba un vestido color carne, muy ceñido, que brillaba con los reflectores. Miró la sala donde estaba sentado el homenajeado, John Fitzgerald Kennedy, y con una vocecita agraciada, casi infantil, entonó: "Feliz cumpleaños, feliz cumpleaños, querido señor presidente, feliz cumpleaños". Kennedy sonrió, asombrado y divertido por el inesperado homenaje. Se inclinó al oído de su

vecino y murmuró: "Después de esto puedo retirarme de la política".

Era la noche del 24 de mayo pasado. Los representantes de la "nueva frontera" se habían dado cita para celebrar el XLV aniversario del señor presidente. Los grandes nombres de los espectáculos habían acudido en masa, a excepción de los republicanos rabiosos, como John Wayne. Para estar presente y ofrecer al presidente su cancioncilla augural, Marilyn Monroe no había dudado en ausentarse del estudio de ensayos de Hollywood donde

estaba preparado su último film "Somethings got to give". Entre las aclamaciones, el entrecruzarse de las felicitaciones, el coro de la gente que sostenía su vocecilla, la actriz se sintió una vez más tranquilizada. Se divertía con la sensación de seguridad que la infundían aquellos gritos de estímulo. Volvía a encontrar todo lo que había llenado su vida: el éxito, la fama y sobre todo esa particularísima excitación que, al sentir la atención de los demás proyectada sobre uno, provoca en un temperamento solitario.

SIGUE



Marilyn en sus comienzos. Se la definía como la «maravillosa tonta rubia» del cine americano.

MARILYN

En la emoción de aquel cumpleaños, Marilyn acabó por olvidar que pocos días después debería celebrar otro: el suyo. Treinta y seis años, un número que define su crisis, el momento más difícil de su vida. "Marilyn es ya una mujer y una actriz acabada". En la raíz de la decadencia de la ex mujer de Arthur Miller hay un estado tormentoso, una inquietud violenta que se exaspera hasta hacerse dolorosa aprensión, miedo. Pero, ¿miedo de qué?

marilyn: historia de una depresión

En la villa donde vive Marilyn, en Hollywood, la luz permanece encendida toda la noche. La actriz no la apaga nunca, ni cuando duerme, porque tiene miedo de las sombras. La oscuridad le recuerda las lejanas y largas tardes de invierno cuando, niña, se dormía en la sala de un asilo sin que ninguno se ocupase de ella. Al padre ni le había conocido; le habían dicho piadosamente que había muerto en un accidente poco antes de que ella naciese. La madre había sido recluida en un centro psiquiátrico. Marilyn vivía entonces en habitaciones vacías y desordenadas; pero también lo son en las que vive ahora porque los muebles que ha encargado hace tres meses en Méjico no están aún. Por esto, en los últimos meses ha vivido en una gran casa deprimente como una pesadilla, atravesando grandes habitaciones vacías, fijas las pupilas infantiles en las paredes blancas, rodeada de una soledad amarga de recuerdos. A las seis de la mañana llamaba el teléfono; por orden de la actriz, su casa productora, la Fox, la avisaba que era el momento de comenzar la jornada. Marilyn se levantaba y corría a la cocina donde el frigorífico está disimulado en un biombo de estilo colonial siglo XVI. Le parecía que levantándose pronto estaba más ocupada y mantenía lejos, moviéndose y viviendo intensamente, sus fantasías melancólicas.

Había comenzado a probar este remedio en el 1960 cuando aún estaba casada con Arthur Miller e interpretaba junto a Clark Gable y Montgomery Clift "Vidas rebeldes", en el desierto de Reno. El aire era sofocante. No corría un soplo de viento y su pesadez cortaba la respiración, impidiendo dormir de noche y trabajar de día. Los indios de los poblados vecinos levantaban al cielo los rostros mudos, como para buscar un poco de aire. El drama de Marilyn comenzó entonces; estaba extenuada por el calor y su rostro se hacía afilado. Para reaccionar, se esforzaba en levantarse de madrugada, en cansarse, y pasaba largas horas poniendo notas en guión. Pero todo esfuerzo era inútil; cada hora se sentía más deprimida, se preguntaba con angustia para qué serviría el trabajo que había emprendido, se extendía sobre la cama agotada y rompía a llorar.

Un día no la encontraron. El marido, el director, los amigos la buscaron por todos sitios. Finalmente la encontraron en un poblado indio, metida en una cabaña haciéndose explicar por las mujeres su forma de vida y soñando con volver a aquel estado primitivo. Terminado el trabajo en Reno, Marilyn y Miller se divorciaron. Con sus irracionales angustias ella había acabado por obsesionarle, por afectarle en su personalidad de escritor. En los cuatro años que transcurrieron juntos, Miller escribió sólo un cuento largo.

última película: la crisis de una belleza

Emprender un nuevo film en la primavera pasada, había sido para Marilyn un alivio. El trabajo, pensaba, la acercaría a la vida, poniéndola en contacto con otros seres humanos. Se abría un capítulo nuevo. A las seis y media de la mañana, la actriz, fresca y descansada, estaba ya en el estudio. Cada día se le presentaba como un regalo. Sentía que tomaba de nuevo interés por las cosas, que volvía a los entusiasmos infantiles de las primeras películas, que redescubría el encanto del modo especial de mirar que había hecho de ella la "wonderful dumb blonde" (la maravillosa tonta rubia) o el secreto de hacer parecer su carne cálida y luminosa. Llegada a los estudios saludaba a los téc-

nicos. Algunos eran caras nuevas pero otros trabajaban allí también cuando sus primeras películas. "La jungla del asfalto", "Niágara", "Los caballeros las prefieren rubias". Le recordaban sus comienzos, cuando todavía la timidez le causaba cierto balbuceo; cuando tenía una piel de seda con dos manchas de color en las mejillas, los dientes blancos en un rostro oscuro, un tono de espléndido dorado en sus cabellos, los ojos alegres. Era esbelta, tenía una fe infinita en el porvenir y un gran deseo de aprender y de hacer el bien. Un delicioso juego de ingenuidad y de impudor, de malicia y de dulzura. Ahora le parecía en cambio sentirse pesada y torpe, de pasar de su silla a la cámara sin poder responder bien. Había vuelto el balbuceo ligero que la atormentaba desde niña. Había perdido la fe en sí misma y tenía la impresión de haberse hecho horrible. Aquel colosal cartel que la Fox ha conservado como recuerdo de la campaña publicitaria para la película "Cuando la mujer está de vacaciones" y que la presenta con la falda levantada por un golpe de viento, provocaba su malestar.

"(Está dispuesta, Marilyn?)". En cuanto la actriz llegaba al estudio, se le acercaba su maquillador, Allan Schneider, el hombre al que ella teme más que a nadie en el mundo. Para él nunca tuvo secretos; bajo su mirada descubría, día tras día, todas las pequeñas cosas que la destruyen, la sombra de una arruga, las imperfecciones de la piel, los puntos oscuros, los surcos que se forman en las mejillas, los ojos que se hundían. Se encerraban, los tres en su camerino, ella, el maquillador y la inseparable Paula Strasberg, mujer del creador del Actor's Studio, la escuela de James Dean y de Marlon Brando. Paula, siempre vestida de negro, enseñaba dicción a Marilyn y ésta le consultaba para adoptar el tono justo. Esta nueva Marilyn parecía perdida, llena de problemas. ¿De qué servía llegar al estudio a las seis cuando se entretenía con el maquillador hasta las once y no encontraba el valor de revelar a los fotógrafos de prensa sus líneas marchitas? El director George Cukor, un viejo león de Hollywood que ha dirigido incluso a Greta Garbo, se impacientaba y gritaba. Marilyn no reaccionaba, indiferentemente como una esfinge, permanecía encerrada en su camerino mirándose en el espejo, con terror, las señales de la decadencia. De todas las cualidades que le atribuían y de las que su temperamento débil e incierto le habían hecho siempre dudar, la más segura y ensalzada era la belleza. La había oído siempre exaltar hasta el punto de haberla descubierto ella como una novedad; estaba orgullosa de ella. Sobre aquel edificio había construido el edificio. Pero ahora no lo creía ya.

En el guión, sus dudas se señalaban con rayas rojas y azules. Pero cuando se trataba de pronunciar, Marilyn, histéricamente y sin razón se ponía a llorar. Ya no se creía actriz. Cuando había comenzado a trabajar en el cine la habían encasillado en el papel permanente de muchacha ligera, de tonta rubia y fascinante. La habían enseñado a abrir los ojos en una expresión de asombro infantil, a tener la boca abierta. Ella encontraba estúpidos aquellos papeles. Cuando su timidez se lo permitió, lo dijo claramente, y comenzó a rechazarlos uno tras otro. Durante su juventud no había podido leer, instruirse; a la vez que avanzaba, se sentía en las condiciones de quien ha sido privado de un gran bien. Preguntó a sus amigos más cultos, quién había sido el mayor novelista del pasado. Le dijeron que Dostoievsky. Entonces le dio la manía de interpretar sus personajes. Cuando prefirieron a María Schell para el papel de Grushenka en "Los hermanos Karamazov", no salió de casa en una semana, furiosa de celos.

mortificación: hacerla rodar una escena desnuda

Le parecía haber vivido una existencia mediocre e inútil y decidió compensarlo haciendo de la cultura la razón de vida, ¿iba a nacer una autodidacta sorprendente? Se dispuso a recrear los literatos e intelectuales, intentando comprender la mitad de lo que decían, contenta si lograba entrar por un momento en la conversación. Y para completar esta extraordinaria educación, se casó con uno de los escritores más famosos de América.

Esta afanosa busca de sí misma la enriquecía, naturalmente, en ingenio y fantasía. Le dejaba señales de maliciosa gracia en el rostro, en el guiño de los ojos, en la picante interpretación de las películas. El trazado de sus personajes se completaba gracias a una madurez y a una disposición hacia la ironía. Del mito Marilyn, había nacido una artista. Pero siempre le estaba cerrado el camino a aquellas interpretaciones dramáticas, profundas, cultas, que ella hubiera deseado. Así, de crisis en crisis, Marilyn ha llegado a la película que la ha



Marilyn hizo un magnífico esfuerzo para ser admirada por algo más que su belleza. Intentó por todos los medios una superación. Eran los tiempos de «El príncipe y la corista», donde formó pareja con Laurence Olivier.

envilecido más que cualquier otra. Sus dos últimas películas "Vidas rebeldes" y "El multimillonario", habían sido dos fracasos y la habían llenado de rencor hacia lo que su ex marido Joe di Maggio llamaba "el circo", el cine de Hollywood. Por "Something's got to give" recibiría seis millones doscientas mil pesetas; poco si se piensa en los sesenta millones ganados por Elizabeth Taylor en "Cleopatra".

Marilyn, hundida en el único diván de su casa vacía, junto al perrito Maf, lee y releo el guión: una comedia con poca gracia, basada en gastados golpes de efecto. Le pasaban por su mente las grandes interpretaciones que no hizo, las heroínas a las que no había dado vida, las protagonistas de las extraordinarias novelas que Miller le regalaba y que quedaban sin abrir en la biblioteca. Para colmo, en aquel film debería rodar la escena de un baño completamente desnuda. Esto la ofendía. Al comienzo de su carrera había posado desnuda para las ilustraciones de un calendario. Era como volver atrás, de una forma mortificante. Una vez más todos se comportaban como si su única cualidad fuese la belleza. Marilyn intentó levantar su moral recurriendo a sus viejos amigos, a Frank Sinatra y a su "banda de los ratones". Se ausentó del trabajo varias veces sin justificación. Decía que estaba enferma y lo había estado, de gravedad, el año pasado, pero se presentaba, precisamente en los días que eludía sus obligaciones con la Fox, en la fiesta de Kennedy o en un partido de base-ball.

Cuando hubo que rodar la escena en la que aparecía desnuda, se sintió más nerviosa que nunca. Sometida a una dieta severísima había adelgazado siete kilos en pocas semanas: tenía las mismas medidas que en su primer film. En el plató aquel día estaban sólo el director, unos técnicos, un maestro

de natación encargado de ayudar a la actriz. Marilyn tenía las mejillas hundidas, la frente arrugada, los labios que temblaban; casi creyeron los viejos operadores ver de nuevo a la muchacha de "Jungla de asfalto" con los ojos azules muy abiertos y la figura esbelta. Marilyn salió del agua; he aquí la última mortificación después de los matrimonios equivocados, las películas equivocadas, la vida equivocada. La acompañaban todas las angustias y temores irracionales experimentados desde la infancia. En su mente había incertidumbre, cansancio, tormentos y ese número: treinta y seis. "Bravo, Marilyn" la elogió el director, "eres siempre la más valiente". Balbuceante y tiritando, la actriz buscó con dificultad las palabras: ¿debía dar las gracias o insultar? Dijo solamente: "Me parece que me he enfriado".

Marilyn no volvió a los estudios. Han intentado sustituirla con la más joven Lee Remick, pero han debido renunciar. Los dirigentes de la Fox, que han soportado ya a Liz Taylor, están furiosos; no darían a Marilyn ni un papel de anciana. Pero el contrato que ella tenía ha concluido: en Navidad comenzará a rodar con otra casa. Hará un film con Sinatra. Frankie es un amigo; con él, Marilyn no se pondrá enferma. No estará tan inquieta. Olivará incluso que los años pasen.

Ahora está sola y triste en su casa vacía. Sola mirando en el espejo el rostro que dejó de ser radiante, los ojos que no brillan. No recuerda que en ese rostro se han reflejado diez años de vida norteamericana y que por mucho tiempo el símbolo de la juventud y de la fantasía ha estado encerrado en el fulgor de sus pupilas infantiles, en la risa de sus labios entreabiertos, en la increíble tonalidad dorada de sus cabellos...

Guido GEROSA